

pable además : ni aún tuvo el mérito de servir de escarmiento, porque fué ignorada de todos.

¡Oh sagrada fe religiosa, fe pura, consoladora, eterna luz del alma! ¡Sólo tú la preservas de las sombras del dolor y de las tinieblas de la desesperación! ¡Sólo tú le abres los campos verdes y floridos de la esperanza en medio de las más grandes desgracias y de los más terribles dolores! ¡Sólo tú alcanzas á dulcificar todas las llagas del corazón, todos los sinsabores humanos!

Tú eres uno de los más grandes beneficios del cielo, y cuando tú faltas, los más ricos dones de la fortuna no alcanzan á llenar el horrible vacío de la existencia, ni á crear un *más allá*, donde descansemos de nuestra fatigosa carrera, como el bosque fresco y lleno de verdor, que ofrece asilo y reposo al viajero errante y desolado : sin tu presencia nada hay bello, agradable, bueno y hermoso, porque la existencia es sólo un inmenso erial.

XI.

EL CASTIGO.

¿Con qué nombre se podrá designar el sentimiento que llenaba el corazón de Adelina desde el instante en que se decidió su boda con Rafael?

Yo no lo sé : nada hay más vago, más indefinible, más puro y más tierno, que las sensaciones de un corazón de quince años; la niña lloraba algunos ratos, y otros reía; algunos otros rezaba; se asomaba al balcón, y le parecía muy extraño que el mundo entero no tomase parte en su dicha; que las gentes anduviesen tranquilamente y que el cielo se cubriese de nubes, lo mismo que sucedía cuando ella no tenía nada en el corazón, cuando no era nada más que una chiquilla sin importancia, cuando no amaba á Rafael, ni éste la amaba á ella tampoco.

Su alegría, su asombro, por mejor decir, daba lugar algunas veces á un profundo reconocimiento hácia el cielo.

La pobre niña no tenía otras ideas religiosas que las que Julia había procurado inculcarle, porque ni Diego ni Natalia las tenían muy exactas, ni se habían cuidado

ni por un momento de la instrucción cristiana y moral de su hermana.

Segun sucede en muchas familias, abrigaban la persuasión de que sus obligaciones para con Adelina estaban satisfechas con darle de comer, vestirla y calzarla; es decir, con atender al cuerpo, que era bastante bonito para que mereciese ser descuidado.

A su llegada á casa de Julia, ya sabemos que vivía casi exclusivamente bajo la dependencia de su hermana, y que ésta procuraba separarla todo lo posible de la infeliz artista; pero aún así, cediendo algunas veces á la atracción que Julia ejercía sobre cuantos la trataban, entraba en su cuarto, y la veía rezar pidiendo á Dios el alivio de sus penas.

Adelina quedó más de una vez extática contemplando la celeste expresión del semblante de Julia mientras que ésta oraba, y algunas noches, en tanto que Natalia, cuya vida había sido siempre muy independiente, se iba á casa de sus amigas, Adelina rezaba con Julia las oraciones que su madre le había enseñado cuando era pequeña.

Pero desde el instante en que la niña se hizo mujer, en que su corazón empezó á latir, en que empezó á amar, en una palabra, fué Adelina tierna y sinceramente piadosa y dió gracias á Dios por su dicha desde lo más íntimo de su alma.

¿Cómo nació aquel amor? Lo mismo que nace la semilla, que el viento lleva en sus alas, en el sitio más encantador y más retirado de un jardín.

Era Rafael el primer jóven que la niña había conoci-

do; el primero que le había dirigido algunas palabras dulces, algunas miradas de cariño; un día que la llevó Natalia á casa de Amanda, le vió allí; otro día que fueron por la noche, las acompañó á su casa. Natalia se la ofreció, y él iba algunas veces á verlas.

Adelina se acostumbró á contar y á esperar con ansia los días en que solía ir Rafael; esperaba la hora con impaciencia; conocía su modo de tirar de la campanilla, y poco después conocía sus pasos en la escalera.

Era ese primer amor que algunas veces se extingue pronto por la ingratitud del objeto amado, y que puede decirse que está formado de impresiones; pero que es eterno cuando se le alimenta, aunque no sea con mucho cuidado.

Adelina alcanzó, pues, lo que tan pocas mujeres alcanzan en el mundo; ver pagado su primer amor; verse esposa del primero y único hombre á quien había amado.

La boda se celebró sin pompa ni ostentación; no eran ellos ricos, ni ménos Diego y Julia, que sirvieron de padrinos: Rafael, después de su última entrevista con la esposa de Diego, no la había vuelto á hablar más que con una indiferencia casi insultante, por lo muy cercana que se hallaba del desprecio.

Como todos los hombres, llamaba vulgaridad á lo que era sólo virtud, y Julia, resistiendo á su amor, era para él una mujer que no valía ya nada.

Es verdad que hubiera valido mucho ménos á los dos meses de haber cedido; pero estas reflexiones vienen después, y no en el momento de la derrota del amor propio, que es la más dolorosa de todas las derrotas.

Para mortificar á Julia con el espectáculo de su *felicidad*, propuso á Mr. Blanfort que habitasen todos una misma casa desde el dia de su casamiento, y que él se encargaria de buscarla bastante capaz para que cada uno de los dos matrimonios disfrutase de la conveniente independencia.

Diego le lanzó una mirada sombría; habíase reconocido tan despreciable respecto á su mujer, que temia á aquel rival, jóven, artista y que amaba á Julia hacía tantos años, segun le habia descubierto la pobre Amanda la noche que se despidió para siempre de él.

Desde entónces habia pasado muchos dias sin ir á su casa más que dos veces al dia para comer lo que Julia le presentaba con tanta mansedumbre como dignidad: apenas cambiaban entre ellos una palabra. Diego volvia á amar, porque estaba celoso; reconocia sus faltas, pero se sentia tan humillado delante de Julia, que no se atrevia á solicitar el perdon de ellas.

Poco á poco se cansó de sus solitarios paseos, único recurso que le quedaba para huir de su casa, y le pareció que le distraeria mucho más el ponerse á pintar un cuadro; su mujer no pintaba, á pesar del éxito que su último trabajo habia obtenido; parecia serle indiferente de todo punto la gloria, y que se habia detenido en lo más brillante y hermoso de su senda de artista.

El taller quedaba, pues, desocupado y solo, y Diego decidió aprovecharle.

Arregló un caballete y se puso á pintar con tal asiduidad, y preciso es decirlo, con tal ánsia de ganar el

tiempo perdido, que la aurora y la noche le sorprendian sentado ante su obra.

Pero algunos dias despues de tan constante tarea, notó que su vista se volvia débil: lo creyó aprension suya, y no hizo caso, prosiguiendo su trabajo con incansable afan.

Por entónces se arregló la boda de Adelina; al oir la proposicion de Rafael de vivir todos en la misma casa, no pudo dominar Diego un movimiento de celos, que habia disipado algun tanto la demanda que hizo Rafael de la mano de Adelina. Pero reflexionando que aquél era el medio mejor para llegar al descubrimiento de la verdad, dijo que se avenia muy gustoso á semejante proposicion, y que le comisionaba para buscar la habitacion, de acuerdo con Julia y Adelina.

La habitacion se encontró, cómoda y espaciosa.

Julia, admirada de aquella medida, recordó á su marido su propósito de marchar á residir á Madrid así que se efectuára la boda de su hermana, propósito que ella habia acogido con tanta alegría como entusiasmo; pero Diego respondió que, si bien no desistia de su proyecto, deseaba acabar ántes su cuadro, en lo que tardaria aún algun tiempo.

Volvemos, pues, á encontrar á los dos matrimonios residiendo en la calle de Helder, en una casa cómoda y espaciosa y con habitaciones separadas.

Hacia dos dias que se habia casado Adelina, y en la noche anterior habia buscado Amanda su reposo en las aguas del Sena.

Eran las once de la mañana. Diego habia bajado del

taller para almorzar, y sólo se esperaba á Julia, que habia ido á casa de su amiga Clemencia, llamada por una carta de ésta.

La fisonomía del esposo de Julia estaba sombría y recelosa.

Tres veces seguidas habia salido su mujer, llamada del mismo modo.

Sus relaciones eran tan frías, que excluían toda confianza; la habitacion conyugal habia desaparecido, y en el nuevo arreglo, cada uno de los dos esposos tenía su cuarto.

Julia no trabajaba, ni manifestaba deseo alguno de hacerlo; la vista de la dicha de Adelina torturaba su corazón, y bendecía á su amiga, que la llamaba y la arrancaba de allí.

Hay ocasiones en que, si los seres que deben protegernos tratasen de leer en nuestro corazón, nos harían completamente dichosos. Diego era despreciable á los ojos de Julia; pero la pobre jóven se veía tan aislada en medio del mundo, tan atormentada por la aparición en su alma de aquel amor culpable, tan acosada por la presencia del objeto amado, que pocos esfuerzos de parte de su marido hubieran bastado para que todo lo olvidase y lo perdonase todo.

Pero Diego no ponía nada de su parte para obtener aquel resultado salvador; la muerte de Amanda habia dejado en pos de sí un amargo fruto; habia despertado sus sospechas, y el hombre perdona tanto ménos cuanto es más culpable: cualquiera diría que exige más nobleza y más virtud, á medida que se va degradando.

Otra cosa hacía más dura la situación de aquellos esposos: la escasez de recursos para satisfacer sus necesidades materiales; ni uno ni otro ganaban nada, é iban pasando con una pequeña cantidad, debida al solícito cuidado de Clemencia por su amiga.

Dos días hacía que la situación se iba complicando.

Desde el de la boda, Rafael, aunque sus recursos pecunarios no eran muy sobrados, habia montado su casa bajo un pié de decencia muy parecido al lujo.

Habia admitido una doncella para Adelina, un ama de llaves y un cocinero.

De esta suerte Diego y Julia quedaban bajo una dependencia que hacía un daño horrible á entrambos, pero sobre todo á la última, cuya dignidad hemos tenido ya más de una ocasión de conocer.

Dos días hacía que duraba esta situación angustiosa, que amenazaba prolongarse de un modo indefinido, y Julia bendecía á su amiga, que le habia escrito que fuese á su casa sin detención, pues tenía que hablarle de un asunto de la mayor importancia.

Diego, como ya he dicho, habia visto estas salidas sombrío y receloso; en la mañana de que vamos hablando, acosado de su grave incomodidad á la vista, bajó del taller, y su primer cuidado, al ver que no estaba su esposa, fué ir al cuarto de Adelina.

Esta se hallaba sola, arreglando en algunos jarros un hermoso ramo de flores que le habia regalado Rafael. Éste no estaba allí.

—¿Y tu marido? preguntó Diego á la recién casada, procurando dar á su voz un acento sosegado.

— Ha salido, respondió Adelina con tranquilidad.

La frente de Diego se anubló entonces mucho más.

— Y.... ¿dónde ha ido? ¿No sabes?

— No, respondió la jóven; nada me ha dicho.

Diego, preocupado, dió dos pasos hácia la puerta : al salir tropezó con una silla, que su vista, cubierta con una espesa nube, no le dejó distinguir.

— ¡Y qué! ¿te vas ya, hermano mio? preguntó la jóven volviéndose al ruido; ¿no has reparado en la bata que tengo puesta? ¡Mira qué linda es!

La jóven estaba, en efecto, encantadora.

Llevaba una bata propia de una novia jóven y fresca, porque era en extremo lujosa y elegante.

Estaba hecha en tafetan blanco y bordada con tren-cillas de seda color de cereza : estos dos colores reunidos formaban un matiz en extremo armonioso y que decia maravillosamente con la tez trigueña y rosada, los cabellos castaños y los hermosos y rasgados ojos negros de Adelina.

Los largos pliegues de la bata estaban sujetos á su talle con un cordon de seda carmesí, como el bordado, que remataba en dos gruesas borlas.

La hermosa cabellera de la jóven, hecha trenzas, guardaba su frente tranquila, en la que ya se reflejaba la grave ternura de la esposa.

Adelina habia dejado de ser niña para convertirse en mujer, desde el dia en que su corazon se habia abierto al amor.

Su hermano se aproximó á ella y dijo con una sonrisa forzada :

— Veo, en efecto, que estás muy elegante.

— ¡Como que mi bata es de seda! repuso Adelina.

Luégo, asiendo la parte media de la falda con un resto de puerilidad completamente infantil, añadió, acercando el extremo á los ojos de su hermano :

— ¡Mira, mira qué bordado tiene!

— ¿Tiene bordado? repitió Diego : yo nada veo.

— ¡Pues si tiene una cenefa muy ancha carmesí! ¿no la ves? ¡Es de flores!

— ¡Flores! ¡Bordado! exclamó Diego con acento trémulo y asiendo convulsivamente el traje de Adelina; dices que tu traje tiene una cenefa carmesí?

— ¡Sí! ¿No lo ves?

— ¡No! ¡No lo veo! ¡No veo más que una cosa negra ó casi negra!.... ¡Dios mio, estaré cercano á la ceguera, ahora, que tanto necesitaba la vista! ¡Abre! prosiguió dando algunos pasos. ¡Abre, Adelina, ese balcon..... Que yo vea luz! ¡Debe estar nublado!

— ¡No, hermano! ¡Si entra el sol en el aposento! dijo Adelina, toda asustada.

— ¡Es imposible! gritó Diego exasperado. ¡Dices que entra aquí el sol! Pero, desdichada, prosiguió dando algunos pasos á tientas y con las manos extendidas por delante; desgraciada criatura, ¿por qué quieres engañarme? ¿Sabes que yo sólo puedo protegerte de la inicua trama que te rodea? ¿Por qué me quieres hacer creer que estoy ciego?

Adelina no respondió; lloraba silenciosamente, amedrentada ante aquella desgracia.

— ¡Llévame al cuarto de Julia! prosiguió Diego; va-

mos al instante.... allí habrá más luz.... lo quiero, lo necesito!

—¡Oh, Dios mio! exclamó la pobre niña, que, asombrada con aquella desventura, no habia oido siquiera las dolorosas reticencias de su hermano, ni sus augurios de desgracia; ¡oh, pobre hermano mio! ¡Ciego!

—¡Conque es verdad! ¡Conque estoy ciego! gritó Diego. Y no pudiendo ya dudar ante la terrible evidencia, se desplomó en un sillón, sin color y sin voz.

XII.

PROYECTOS DE ENLACE.

Al entrar Julia en casa de su amiga Mme. Merval, se encontró con un espectáculo tan extraño, que bastó á distraerla de su profunda tristeza.

El padre de Clemencia, sentado junto á la ventana, lloraba: á su lado habia una mesita, y sobre ella servido el almuerzo, que nadie habia tocado aún.

Al lado de aquél estaba su amigo D. Fernando, el probo y severo anciano, causa inocente de los suicidios de Amanda y de su padre.

Al otro lado de la ventana, Clemencia sonreia con una dulce expresion de paz y tranquilidad.

Era una cosa tan extraña el ver alegre á la hija cuando el padre estaba triste, que Julia se detuvo maravillada.

—¡Gracias al cielo que tengo quien abogue por mi causa! exclamó Clemencia al ver á Mme. Blanford; acércate, Julia, y escucha con atencion.

La jóven se sentó al lado de su amiga; ésta continuó:

—Has de saber que ya no quiero irme á América, como mi padre y yo habiamos determinado.